

EN EL CENTENARIO DE **MARIO BENEDETTI**

Galo Galarza

En este año 2020, tan sonoro y cabalístico, se recuerda el centenario del nacimiento de Mario Benedetti, uno de los escritores uruguayos más queridos y leídos por su pueblo y por muchos otros de América Latina. En una época —los años 70 y 80 del siglo XX— fue un autor de cabecera, ya sea por sus decenas de poemas que seducían a adolescentes y afebrados militantes; por su novela *La Tregua* y otros cuentos de oficina que seducían a toda la fauna burocrática, que no perdía esperanzas de encontrar el amor de su vida entre escritorios y archivos; por sus agudos ensayos sobre la literatura uruguaya y latinoamericana; por sus letras de canciones (hay un disco muy hermoso que grabó con su compatriota Daniel Viglietti); por sus polémicas con otros escritores (es célebre la que tuvo con su tocayo peruano Mario Vargas Llosa en el diario *El País* de España); por su agudo sentido periodístico; por sus memorables antologías de poetas truncos; por sus obras de teatro y sus guiones (él mismo actuó en la famosa película de Eliseo Subiela, *El lado oscuro del corazón*). Un autor que fue traducido a varios idiomas y que tuvo, además, una extraordinaria distribución de sus libros.

A Mario Benedetti tuve el gusto de conocerle personalmente en La Habana, a comienzos de los años 80 del siglo pasado, cuando yo trabajaba en la Embajada del Ecuador y él en la *Casa de las Américas* (de manera esporádica). Recuerdo haberle visto muchas veces en ese espacio que se convirtió en un símbolo y en un refugio para muchos escritores latinoamericanos que escaparon de las dictaduras militares del sur del continente. Siempre iba Benedetti a pie desde el lugar donde vivía en El Vedado a la *Casa de las Américas*, que entonces presidía el pintor Mariano Rodríguez. Lo veo en mi memoria con una nitidez absoluta cruzando las calles habaneras, apresurado y sudoroso, con una camisa blanca de manga corta y una cartera de cuero café llena de papeles y libros, colgándole del hombro. ¡Cuántos otros recuerdos maravillosos vienen entonces!

Tendría el autor de *La tregua* la edad que yo tengo ahora, llevaba un bigotito entrecano y tenía una expresión de inmensa bondad en los ojos y en la sonrisa. Era un hombre bueno y sabio. Le escuché, gracias a las invitaciones que me hacía su compatriota Horacio Verzi (el destacado

novelista, autor de “El infinito es solo una forma de hablar”), en un par de conferencias y en la presentación de algunos libros. Casi estoy seguro que fue él quien presentó una colección de cuentos de Julio Cortázar (“Queremos tanto a Glenda”), allá por el año 82 u 83. No puedo creer ahora que haya tenido la suerte de haber estado sentado detrás de ese gigante con cara de niño que, de cuando en cuando, regresaba su rostro barbado para mirar a los que estábamos —mitad azorados, mitad deslumbrados— en las sillas de *La Casa*, viendo cómo se querían juntar sus ojos muy separados para formar el del ciclope. Tuve esa enorme suerte y agradezco a la vida y a la literatura. En todo caso, conocí allí a Mario Benedetti.

Otra vez le escuché hablar en Quito, cuando fue de jurado a un concurso de novela (me parece que premiaron la novela *El desencuentro*, de Fernando Tinajero). Su obra, sin embargo, la de Benedetti, no me deslumbró tanto como la de otros autores uruguayos: Quiroga, Onetti, Hernández, Galeano, Levrero, Villarino, Di Giorgio, Vitale. Perdonen la franqueza. Sobre todo esa poesía edulcorada de la que se apropiaron más tarde colegialas y diletantes para enamorar, agitar corazones o adornar almanaques. Tuvo sin embargo una producción literaria gigantesca en muchos géneros. Cuando trato de recordar algunas páginas de sus ochenta libros, muy pocas, para mi vergüenza, se salvan en mi memoria, salvo las de su novela *La Tregua* y un estudio que realizó sobre su compatriota José Enrique Rodó. De todas formas fue un autor fundamental de nuestra América, un hombre comprometido con su tiempo, un ser ineludible (que por sus ideas sufrió persecución y exilio) y también un formidable e infatigable trabajador y polemista. En una guía que el gobierno uruguayo reparte a los visitantes, es el único escritor que consta entre los grandes hombres de la nación. Está junto al general José Gervasio Artigas, los compositores Julio Sosa y Gerardo Matos y los pintores Joaquín Torres García y Carlos Pérez Vilaró. “Es el más prolífico de los escritores uruguayos —se dice allí—. Narrador, poeta, autor teatral, ensayista, crítico literario, cronista y periodista...”

Nació en Paso de los Toros (Tacuarembó), en 1920, y murió en Montevideo en 2009. Una larga vida para un hombre que tuvo una larga obra y un largo nombre: Mario Orlando Hardy Hamlet Brenno Benedetti Farrugia, se llamó en verdad Mario Benedetti. Cuando murió se hizo



un gran sepelio en el Congreso Nacional (Uruguay, para ejemplo del mundo, sabe honrar a sus escritores) y sus restos fueron acompañados por cientos de obreros y estudiantes hasta el Panteón Nacional. Así leo en las crónicas de esos días.

Por todo ello, cuando llegué a Uruguay, hace cuatro años, una de las primeras cosas que hice fue visitar su tumba, en el Cementerio Central de Montevideo, siempre adornada con flores. Allí está enterrado, junto con su compañera Luz López Alegre. En su lápida consta un pequeño canto a la alegría, justamente a la alegría: “*Defender la alegría como trinchera / defenderla del escándalo y la rutina / de la miseria y de los miserables / de las ausencias transitorias y definitivas*”.

Fue amigo del Ecuador y de algunos escritores ecuatorianos. Hay una fotografía en la que se le ve en la laguna de Yaguarcocha, en la provincia de Imbabura, acompañado de Abdón Ubidia y de su compatriota Eduardo Galeano, otro referente fundamental de aquellos años. Dijo de Jorge Enrique Adoum: “Hay en él un disfrute muy peculiar en la palabra, que es desintegrada y vuelta a integrar, redistribuida en combinaciones y estructuras nuevas, enriquecidas por un humor y una ironía que le sirven sobre todo como implacables forjadores de sus preocupaciones sociales”.

Ahora me propongo, a lo largo de este año, como un homenaje personal a Mario Benedetti y a Uruguay, leer con más atención todos los libros de su autoría que pueda, particularmente sus cuentos recogidos en *Montevideanos*, *La muerte y otras sorpresas*, *Con y sin nostalgias*, *A imagen y semejanza*, género en el cual fue un verdadero maestro y supo retratar como pocos el alma de los uruguayos; sus novelas: *Primavera con una esquina rota*, *La borra del café*, *Gracias por el fuego*; y sus ensayos y artículos periodísticos (hay uno muy célebre sobre Proust y su monumental *En busca del tiempo perdido*). Incluso me propongo leer con más afecto y menos prejuicios sus poemas, recogidos en tres gruesos volúmenes, porque ya sabemos —y es hasta una especie de lugar común— decir que el mejor homenaje que puede hacerse a un escritor es leer su obra. ☞

Galo Galarza Dávila. Escritor y diplomático ecuatoriano. Ha representado a su país en Nicaragua, Cuba, Estados Unidos, Canadá, Francia y Australia. Fue Embajador del Ecuador en México de 2006 a 2012. Posteriormente, fue Subsecretario de América Latina y El Caribe del Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana del Ecuador. Actualmente, es Embajador del Ecuador en Uruguay. Es autor de varios libros de narrativa, como *En la misma caja* y *La dama es una trampa*, y coautor del libro *Ecuador en el mundo, 1830-2006*. Su obra consta en varias antologías de relato ecuatoriano e iberoamericano.